

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



DON ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA.

NACIÓ para gloria de nuestra España este insigne caballero en Madrid á 7 de agosto de 1533, aunque originario de Vizcaya. Fueron sus padres Fortun García de Ercilla célebre jurisconsulto, y Doña Leonor de Zúñiga, señora de Bobadilla, y guarda-damas que fue de la Emperatriz Doña Isabel. Cuatro hijos nacieron de este matrimonio Don Francisco de Zúñiga, D. Juan de Zúñiga, abad de Hormedes, y limosnero mayor de la reina Doña Ana, Doña María Margarita de Zúñiga, y nuestro D. Alonso.

Con motivo de la ilustre posicion de su familia, desde sus tiernos años se crió en palacio, sirviendo de paje del príncipe D. Felipe, á quien siguió, segun dicen sus biógrafos, en sus numerosos viajes, que fueron largos y multiplicados, lo cual, acompañado de su buen ingenio y penetracion, fue causa poderosa para estender el caudal de sus noticias, perfeccionar su juicio, y afirmarle mas y mas con la esperiencia.

Durante sus travesías, hallándose el 1544 en Inglaterra acompañando á D. Felipe, cuando este príncipe pasó allá á efectuar su enlace con Doña María, heredera de aquel reino, sucedió el general levantamiento ocurrido en los estados de Arauco, provincia perteneciente al gran imperio de Chile. El honor español estaba interesado en

AÑO VII.

sofocar aquella rebelion, que no era del momento y pasajera, sino muy pensada y sostenida con empeño por diestros gefes y numerosos campeones, fuertes y robustos, quienes ya por su inmensa superioridad, ya por astucias, habian reducido á escombros, esparciendo el terror en sus moradores, las mejores ciudades que para defensa de aquel estado habia fundado el esforzado Valdibia. Llegadas á la corte estas noticias, cometió el rey la pacificacion de aquella tierra á Gerónimo de Alderete, que fue para este fin nombrado capitan y adelantado de la misma, el cual se embarcó para el Perú, llevando en su compañía á D. Alonso, cuya edad por entonces era solo de 21 años, siendo esta, como dice él mismo en su canto 13, la primera vez que ciñó espada.

No llegó el adelantado á su destino, pues falleció cerca de Panamá, y nuestro Ercilla siguió á pesar de eso su viaje á Lima, capital del Perú, de cuyo vasto imperio era entonces virrey D. Andres Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, el cual, sabiendo la muerte del adelantado, y no pudiendo ya contener de otra manera el orgullo araucano, determinó el que se aprestase una lucida escuadra con grandes refuerzos, para sujetar aquella gente, al mando de su hijo D. Garcia, nombrado capitan general de Chile.

16 de junio de 1842.

Deseoso D. Alonso de laureles militares, hizo parte de esta expedición, que llegó con felicidad al puerto de la Concepción, no sin haber padecido una deshecha tempestad entre aquel y el río Maule, donde estuvo á pique de estrellarse la capitana, á la que estaba agregado Ercilla.

Entonces dió principio D. Alonso á las sangrientas y porfiadas guerras del Arauco, obrando como soldado valeroso innumerables proezas que bastáran para inmortalizarle, si en las bellas letras no ocupara su incansable musa un lugar mas preferente. Sería fastidioso seguirle paso á paso en las repetidas marchas y peligrosos trances de tan reñida campaña; baste decir que en la sangrienta batalla de Millarapue y en el paso de Pureu, solo su valor é industria pudo salvar las vidas de un gran número de españoles que hubieran perecido de otro modo, acosados por la multitud de araucanos, y consiguiente á esto sufrió con heroico esfuerzo los mayores riesgos y calamidades, hallándose en 7 batallas campales, y padeciendo los inmensos trabajos y privaciones que consigo llevaba esa guerra de esterminio.

En medio de estos afanes, para dejar á los venideros una relación verídica de tan insigne jornada, y solo ayudado de su ingenio, compuso entre el estruendo del cañon

y del mosquete el celebrado poema que él mismo intituló *La Araucana*, cuyo argumento le componen las mismas guerras que obstinadamente sostuvieron los araucanos defendiendo con obstinacion, segun dice el mismo Ercilla, unos terrenos secos, y unos campos incultos y pedregosos.

Es notable este poema por la exactitud de la relación y lo incontestable de los hechos que enumera, en los que no omite circunstancia alguna, descendiendo algunas veces á municiosos detalles, parte de los cuales escribió valiéndose para su averiguacion de personas fidedignas, y en los restantes, *ora manejando la espada, ora la pluma*, fue testigo ocular y tan continuo que, como él mismo dice,

“Pisada en esta tierra no han pisado
que no haya por mis pies sido medida,
golpe ni cuchillada no se ha dado
que no diga de quien es la herida.”

Y para evitar el olvido de las mas pequeñas circunstancias, y no perder el hilo de los sucesos, y al propio tiempo por aprovechar los cortos ratos de que para su descanso podria disponer, se ocupaba, como él asegura en su canto 23, en escribir por la noche las jornadas del pasado dia.

Es digno de admirar á la verdad, que Ercilla acertase á dar á este poema, que consta de 3 partes, la grata variedad y el colorido de la invencion en medio de unos sucesos uniformes y repetidos, y estando limitado á un terreno tan pequeño y cuadro tan sucinto como presentan las guerras de Arauco, en las que á decir verdad hay gloria y heroísmo, pero todo es personal, y no realza á la totalidad del suceso, que queda siempre desnudo y apocado, y de un interes parcial; pero á esto suple la gracia de su poesía, y la exactitud del pensamiento, aprisionado por decirlo así en la estrecha cárcel de la verdad histórica, y privado por consiguiente del auxilio de las ficciones que ayudaron tanto á otros poetas que emprendieron un trabajo semejante al de nuestro insigne D. Alonso.

Pero dejando á un lado estas consideraciones, que tendrán mejor cabida cuando se hable con mas detenimiento de este poema, es forzoso seguir el hilo interrumpido de la vida, y demás sucesos del héroe que nos ocupa.

Ya indicamos no hace mucho el teson y porfia con que los araucanos sostuvieron la guerra contra los españoles, defendiendo á palmas el terreno y presentando numerables combates y emboscadas, en las que muchas veces llevaron la mejor parte; pero al fin tuvieron que sucumbir y ceder á su pesar, mucho mas, desde que fué cojido y muerto Caupolicán, su mejor y mas esperto jefe. En esta tregua fue cuando D. Alonso siempre ansioso de gloria acompañó á su general D. García Hurtado de Mendoza á la conquista de la última tierra que por el estrecho de Magallanes estaba descubierta hasta el valle de Chilo, en cuya expedicion tanto él como sus compañeros padecieron innumerables fatigas, salvando horribosos precipicios y despeñaderos por espacio de 7 dias, hasta que llegaron al grande y hermoso archipiélago de *Ancud*, donde fueron obsequiados por los indios que habitaban aquellos lejanos países. No contentos con este descubrimiento, quisieron ir mas adelante; pero con desconsuelo hallaron que el gran lago entraba en el mar por un boudo y veloz desagadero, impidiendo el paso á los intrépidos descubridores; pero el valeroso Ercilla con otros 10 compañeros deseando como él dice ver el fin de esta jornada, atravesó dos veces en piraguas y á sola fuerza de remo ese paso tan temible, y adelantándose solo mas de media milla por aquella comarca solitaria para prueba de su valor, grabó en el árbol mas robusto que encontró la siguiente octava que está en el canto 36 de su araucana,

"Aquí llegó donde otro no ha llegado
Don Alonso de Ercilla que el primero,
en un pequeño barco deslastrado
con solos diez pasó el desagadero
el año de cincuenta y ocho entrado
Sobre mil y quinientos por Hebrero
á las dos de la tarde el postrer dia
volviendo á la dejada compañía."

Volvió efectivamente, y reunido á sus compañeros, valiéndose de un indio que sirvió de guia, llegaron no sin muchos trabajos á la ciudad Imperial.

Allí estuvo á punto de perder la vida un héroe tan esforzado como D. Alonso, pues en unas justas ó torneos que á poco tiempo se celebraron de orden del virrey, hubo ciertas competencias entre Ercilla y D. Juan de Pineda, que tuvieron por consecuencia un desafío y especie de motín, en el que tomaron parte casi todos los caballeros que se encontraban presentes. Creyó el virrey que la primitiva contienda habia sido un pretexto para mover aquella gran zasonada, y para escarmiento los prendieron, y fueron condenados á ser degollados Pineda y D. Alonso; y segun refe-

re este último, estuvo la sentencia para ejecutarse, cuando llegó á rebocarla D. García, mejor informado de la causa de aquellos alborotos; pero no por eso dejó de sufrir un penoso destierro que no le impidió como leal vasallo el asistir á las demas acciones de guerra y otros peligros que despues se sucedieron.

Por último, siempre quejoso del agravio injustamente recibido, salió de aquel ingrato reino, y en un buque mayor aportó á Lima, capital del Perú, donde permaneció hasta que fué designado junto con otros para castigar, y dar fin á las crueldades que en Venezuela cometia Lope de Aguirre. Llegó efectivamente con este objeto á Panamá por el 1562; pero teniendo noticia de que ya habia sido muerto y desbaratado aquel tigre, despues de sufrir una peligrosa enfermedad en tierra firme volvió á España á los 29 años de su edad, y siguió en la corte de Felipe II.

Ya mas tranquilo y sossegado casó en 25 de enero de 1570 con Doña María Bazan, dama de la princesa Doña Juana de Austria, é hija de Doña Marquesa Ugarte, dama igualmente de la reina Doña Isabel de la Paz, y de D. Gil Sanchez Bazan, deudo de los marqueses de Sta. Cruz.

A pesar de los servicios de D. Alonso y sus estimables prendas, estaba por esta época arrinconado y reducido á la miseria; triste suerte que han padecido los mas de nuestros ingenios españoles! pero á fuerza de pretensiones el rey, por cédula espedita en el Escorial á 4 de Junio de 1571, le concedió el hábito de Santiago, y le llama en este documento *gentil hombre de nuestra casa*.

En 4 de mayo de 1578 el mismo Felipe II se valió de él para enviarle á Zaragoza á cumplimentar de su parte al duque Enrique de Brunswil y á su mujer, para lo cual se le confirió despachos é instrucciones, y mediaron contestaciones que existen en el archivo de Simancas, de las que aparece que Ercilla desempeñó este negocio muy á satisfaccion del rey (1).

Fue tambien D. Alonso gentil hombre del príncipe Rodolfo, hermano de Doña Ana de Austria, cuarta mujer de Felipe II; al que acompañó en sus numerosos viajes que hizo á Alemania, Ungría y Bohemia, hasta que le sucedió á su padre Maximiliano II en el imperio.

Nada se sabe de los últimos años de la vida de Ercilla, como ni tampoco de la época de su muerte. El licenciado Mosquera le supone vivo el 1596, y ocupado en escribir un poema en loor del marqués de Santa Cruz; pero no solo ignorándose si acabó esa obra, ni habiéndose hallado de ella el mas pequeño fragmento, y constando por otra parte que en 1595 su esposa ya viuda, fundó en sus propias casas de la villa de Ocaña el convento de carmelitas que allí existe, cuya posesion tomaron las monjas en 22 de noviembre de dicho año (2), resulta que la muerte de Don Alonso se debe fijar antes del 1595, y no en el 96, ó despues como dá á entender Mosquera. Tambien se ignora el primitivo lugar de su sepulcro; pero segun dice Baena (3) pareció que despues de fundado el convento, Doña Maria trasladó á una bóveda de él las cenizas de su esposo, y á su muerte, que fue despues de algunos años, mandó igualmente depositar allí las suyas, legando el patronato de la iglesia y convento á los marqueses de Santa Cruz.

Sola una obra, y esa es la famosa *Araucana*, es la que á pesar de sus defectos, immortalizará siempre el nombre de D. Alonso Ercilla, teniendo la gloria este poema de ser el mejor entre los de su género en España, y el mas conocido

(1) Debo esta noticia á la esquisita erudicion y al favor de el Excmo. Sr. D. Martin Navarrete, que ha registrado en tiempos pasados esos apreciables documentos.

(2) Crónica del Carmen descalzo; tomo 3.º, pág. 86.

(3) Diccionario de hijos ilustres de Madrid.

elogiado de naturales y extranjeros, y no se puede negar, como dice muy bien el Sr. Martínez de la Rosa en su tratado sobre la poesía épica, que este poema ha sido juzgado las mas veces con extremo, ya con sobrada indulgencia, ya con injusta y demasiada severidad. Es cierto que el conjunto de la obra no forma un todo tan completo y bien acabado como sería de desear, y que no es un poema épico que compita al lado de los mejores extranjeros; pero si atendemos á la época y precipitación con que se compuso, á la vida siempre errante y no muy sosogada de su autor, y además á la falta de inteligentes con quien consultar, es admirable, y apenas puede concebirse que de tan encontrados elementos naziese una producción tan bella.

No es mi ánimo el hacer un analisis de esta obra tan sucumbida, ni de enumerar sus defectos y bellezas, solo diré que á pesar de los que se la encuentran, ha gozado de la mayor celebridad, y á sido y será siempre leida con gusto, con especialidad en sus razonamientos, de los cuales es generalmente encomiado el discurso de Colocolo en el canto segundo, y no lo deben ser menos los restantes, en cuyo punto, como indica el citado Sr. Martínez de la Rosa, se aventaja Ercilla á el famoso Homero, por la vehemencia y persuasiva no ménos que por la magestad del concepto; y tengáse presente que la crítica de éste poema hecha por el citado autor, y que á nuestro ver es la mas justa, no debe ser tachada de parcial, pues con la misma pluma que escribió las innumerables perfecciones y bellezas de la obra, trazó igualmente, y con poca indulgencia, sus imperfecciones y defectos.

N. MAGAN.

VIAJES.

HAMBURGO (1).

Esta ciudad de Alemania está situada á tres leguas del mar, sobre las márgenes del Elba y de dos pequeños rios que desaguan en él, y por su posición é industria es una de las plazas comerciales mas importantes de Europa.

Carlo magno la fundó para que sirviera de baluarte á la cristiandad contra las agresiones de la Europa septentrional; pero por su ventajosa posición estaba destinada á adquirir mas prosperidad con la paz que con la guerra.

Luego que se estinguió la dinastía de este emperador, Hamburgo tuvo que luchar sucesivamente contra los duques de Sajonia y contra los condes de Holstein, libertándose de las pretensiones feudales, y siendo poco despues una de las principales columnas de la gran confederación

de la edad media, conocida bajo el nombre de liga anseática. No teniendo despues esta liga ni fin, ni influencia, Hamburgo conservó sus derechos de ciudad libre. En tiempo del imperio la incorporaron á la Francia, y en 1810 tomó el título de cabeza del departamento de la Embucadura del Elba. Los tratados de 1815 la separaron de la Francia, volviendo al goce de sus antiguos privilegios. Hoy está constituida en república, y es uno de los estados de la confederación germánica, teniendo un voto en la dieta federativa.

La población de Hamburgo cuenta mas de ciento veinte mil almas, y la mayoría de los ciudadanos son luteranos, porque los calvinistas no pueden obtener empleos del gobierno.

Aunque Hamburgo no posee muchos monumentos antiguos, tiene sin embargo en su recinto la iglesia de Santa María, que por su magnificencia y magestuosidad es la admiración de propios y extraños. El arte no tiene secretos que no hayan sido revelados en su gótica arquitectura, y es tanta la simetría que se nota en todas sus partes que merece una atención particular. Esta iglesia está enriquecida con un número considerable de estatuas de mármol de una perfección extraordinaria, y de pinturas de mucho mérito. Su fundación se pierde en la oscuridad de los tiempos, sin que pueda colegirse los años en que se fabricó.

La bolsa en las horas de negocios presenta un espectáculo verdaderamente extraordinario. Los idiomas y las costumbres mas heterogéneas se amalgaman allí y se confunden. Cualquiera extranjero puede gozar de todos los derechos comerciales de un hamburgués con solo pagar la cuota de 250 francos.

La constitución política de Hamburgo es democrática. El senado se compone de cuatro burgo-maestres, veinte y cuatro senadores, cuatro síndicos y cuatro secretarios. A esta asamblea esta cometido el poder ejecutivo, proponiendo las leyes y las contribuciones despues votadas por los ciudadanos.

Dos tribunales se reúnen dos veces por semana para resolver las dificultades que sobrevienen en las transacciones comerciales: el uno es de primera instancia y el otro de apelación. El presidente, vice-presidente y los escribanos se eligen entre los juriscónsultos, y los jueces entre los comerciantes.

Las quiebras se arreglan por lo general amigablemente. La ley las divide en tres clases. La causada por las circunstancias sin que haya podido preverse ni evitarse. La de incuria é imprevision, y la de improbidad: en fin la clasificación comprende las quiebras desgraciadas, las de negligencia y las fraudulentas.

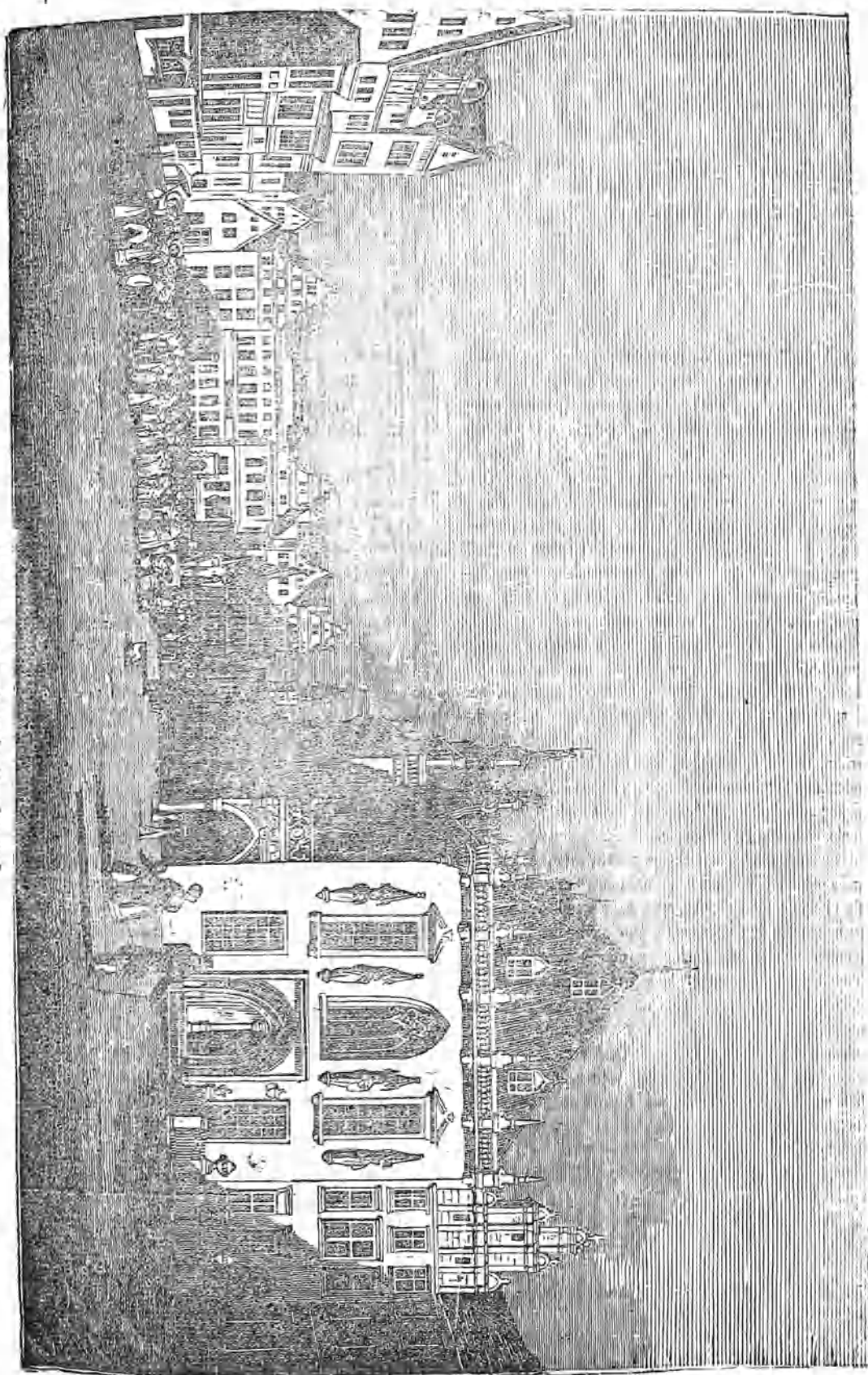
El comercio es la ocupación general de todos los hamburgueses, y el gusto por las artes es muy poco común.

Hamburgo posee 120 buques, el que menos de 200 toneladas. En 1838 entraron en el puerto 2383 embarcaciones extranjeras, de las cuales 142 pertenecian á Francia, 908 á Inglaterra, 104 á la Bélgica, 31 á Italia, 24 á España, 24 á Portugal, 136 de la América meridional, 37 á la del Norte, 124 á las Indias occidentales, 24 al Asia menor, 10 á la China é Indias orientales.

El puerto de Hamburgo es excelente. Un brazo del Elba entra en la ciudad, y se divide en un gran número de canales que se reúnen en la parte meridional de Alster, donde forma una espaciosa abra. El Elba tiene su origen en los confines de la Bohemia y de la Silesia: desde este punto hasta en el que desagua cerca de Hamburgo recibe las aguas de 16 rios y 70 arroyos ó riveras menos caudalosas, y su anchura es mucho mayor que la del Támesis.

(1) Todo el mundo sabe que esta ciudad acaba de ser víctima de uno de los mas horribles incendios de que hay memoria, habiendo desaparecido en él mas de dos mil casas, y valor de ochocientos millones de reales.— Creemos por lo tanto oportuno este artículo.

(Vista de una plaza de Hamburgo.)



MORAL PRIVADA.

PLAN IDEADO POR BENJAMIN FRANKLIN PARA ARREGLAR SU VIDA.

POR entonces fue cuando concebí el difícil y atrevido proyecto de llegar á una perfección moral. Descaba vivir sin cometer ninguna falta en ningún tiempo, y vencer todas aquellas hácia las cuales la inclinación natural, la costumbre ó la sociedad pudiesen conducirme. Como sabia, ó por lo menos creía saber distinguir el bien del mal, no podía hallar una razón que me impidiese hacer el uno y evitar el otro. Pero no pasó mucho tiempo sin que encontrase en mi empresa mas dificultades de las que habia pensado. Mientras que mi atención y mis desvelos se empleaban en ponerme en guardia contra una falta, me veía sorprendido por alguna otra; la costumbre se aprovechaba de esta distracción, y la inclinación vencía muchas veces á la razón misma. De esto vine á deducir, que la convicción puramente especulativa de nuestro interés en ser virtuosos, es insuficiente para preservarnos de algunos pasos en vago, y que es preciso desterrar las costumbres contrarias, adquirir otras buenas y afirmarse en ellas, antes de poder contar con una rectitud de conducta uniforme é indestructible. Para llevar á efecto mi resolución puse en planta el método siguiente.

En las diversas enumeraciones de virtudes morales que habia ballado en mis lecturas, la lista era mas ó menos larga, segun el número de ideas que cada escritor encerraba bajo una misma denominación. Por ejemplo, los unos solo aplicaban la voz templanza al comer y beber, mientras que otros la hacían estensiva á la moderación en todas clases de placeres, apetitos, inclinaciones, pasiones de cuerpo y alma, y aun á la avaricia y ambición. Yo por amor á la claridad tomé el partido de emplear mas nombres, añadiéndolos menos ideas, mas bien que de colocar un gran número de ideas bajo menos nombres; y bajo trece denominaciones de virtudes reuní todo lo que se ofreció á mi imaginación como necesario ó deseable: á cada nombre añadí un corto precepto, para explicar la extensión que quería dar á su significado.

Hé aquí los nombres de las virtudes, con sus preceptos.

- 1.^a **TEMPLANZA.** — No comais hasta entorpeceros; no bebais hasta embriagaros.
- 2.^a **SILENCIO.** — No hableis mas que lo que pueda servir á vos mismo ú á los demas; evitad las conversaciones ociosas.
- 3.^a **ORDEN.** — Que cada cosa ocupe su lugar y cada asunto tenga su tiempo.
- 4.^a **RESOLUCION.** — Tomad la resolución de hacer lo que debais, y haced sin falta lo que hayais resuelto.

- 5.^a **ECONOMIA.** — No gasteis sino para bien del prójimo ó de vos mismo; es decir, no disipéis nada.
- 6.^a **TRABAJO.** — No perdais el tiempo. Ocupaos siempre en alguna cosa útil. Absteneos de toda acción que no sea necesaria.
- 7.^a **SINCERIDAD.** — No uséis de ningún rodeo con mal fin; pensad con inocencia y justicia, y hablad como penséis.
- 8.^a **JUSTICIA.** — No hagais perjuicio á nadie, ni causándole daño ni dejando de hacerle el bien á que vuestro deber os obligue.
- 9.^a **MODERACION.** — Evitad los extremos. Guardaos de sentir los males tan vivamente como os parezca que lo merecen.
- 10.^a **LIMPIEZA.** — No permitais ninguna suciedad ni en vuestro cuerpo, ni en vuestros vestidos, ni en vuestra casa.
- 11.^a **TRANQUILIDAD.** — No os dejéis turbar por bogateías ni por accidentes ordinarios ó inevitables.
- 12.^a **CASTIDAD.** — No comprometáis jamás en este punto la conciencia, la paz, vuestra reputación ni la ajena.
- 13.^a **HUMILDAD.** — Imitad á Jesus y á Sócrates.]

Mi deseo era acostumbrarme á todas estas virtudes, y juzgué apropósito no dividir mi atención, fijándola sobre todas á la vez, pero que era preciso ponerla cierto tiempo sobre una sola, y conseguir poseerla antes de pasar á otra, procediendo así con separación hasta haber recorrido todas trece.

La previa adquisición de unas podía facilitar la de algunas otras, y con este objeto las coloqué en la forma que precede. Pase en primer lugar á la templanza, porque esta virtud tiende á mantener la cabeza despejada y las ideas claras, cosa indispensable; vigilar incesantemente, estar de continuo en guardia para combatir el atractivo de las antiguas costumbres y la fuerza de las tentaciones que incesantemente se suceden. Una vez obtenida y afirmada esta virtud, se hacía mas fácil el silencio, y mi deseo era de adquirir conocimientos al mismo tiempo que adelantarse en la práctica de la virtud, considerando que la conversacion instruye mas por el uso del oído que por el de la lengua, deseando romper la costumbre que habia adquirido de charlar y decir agudezas, lo que hacia mi compañía agradable únicamente á las gentes superficiales; di el segundo lugar al silencio. Esperaba que unido al orden que viene en seguida, me dejaría mas tiempo para seguir mi plan y mis estudios. La resolución, haciéndose habitual en mí, me daría la perseverancia necesaria para adquirir las demas virtudes. La economía y el trabajo, libertándome de las deudas que quedaban, y proporcionándome la independencia y el bien estar, me harían mas fácil la práctica de la sinceridad, de la justicia, etc. Concibiendo entonces que, segun aconseja Pitágoras en sus versos dorados, me sería necesario un exámen cada dia; inventé el método siguiente para proceder en él.

Hice un librito de trece páginas, cada una de las cuales llevaba á la cabeza el nombre de las virtudes; rayé cada página con tinta encarnada, estableciendo siete columnas, una para cada uno de los dias de la semana, poniendo en lo alto de cada una de las columnas las primeras letras del nombre de uno de los siete dias. Tracé en seguida trece líneas transversales, al principio de cada una de las cuales escribí las primeras letras del nombre de una de las trece virtudes. Sobre esta línea y en la columna del dia, hacía una pequeña señal de tinta, para notar las faltas que, segun mi exámen, reconociese haber cometido contra tal ó cual virtud.

FORMA DE LAS PAGINAS.

TEMPLANZA.

No comais hasta entorpeceros; no bebais hasta embriagaros.

	DOM.	LUN.	MART.	MIER.	JUEV.	VIERN.	SAB.
Temp.							
Sil.	x	x		x			
Ord.	x	x			x	x	x
Res.		x				x	
Econ.		x				x	
Trab.			x				
Sinc.							
Just.							
Mod.							
Limp.							
Tranq.							
Cast.							
Hum.							

Resolví dar una semana de seria atencion á cada una de estas virtudes sucesivamente. Así, durante la primera semana mi principal cuidado fue evitar la mas leve falta contra la templanza, dejando á las demas virtudes seguir su curso ordinario, pero señalando cada noche las faltas que hubiese cometido durante el dia. Si en la primera semana podia mantener mi primera linea sin ninguna señal, me creia bastante fortificado en la práctica de mi primera virtud, y desprendido de la influencia del vicio opuesto, para atreverme á fijar mi atencion sobre la segunda, y tratar de sostener dos líneas exentas de toda marca. Procediendo así hasta la última, podia hacer un curso completo en trece semanas, y renovarlas cuatro veces al año. Así como un hombre que trata de limpiar un jardín, y no arranca todas las malas yerbas al mismo tiempo, porque excedería á sus medios y á sus fuerzas, sino que empieza desde luego por un cuadro, para no pasar al otro hasta que haya concluido el trabajo del primero, así yo esperaba gozar del placer de ver en mis páginas el progreso que hubiera hecho en la virtud por la disminucion sucesiva de un número de marcas; hasta que finalmente despues de haber empezado de nuevo muchas veces, tuviese la felicidad de encontrar mi librito blanco enteramente, despues de un exámen diario durante trece semanas.

Puse por epigrafe á mi libro estos versos sacados del Caton de Addison.

-Seguiré mi camino hacia el etereo cielo, y confiado en la eterna bondad que me ha criado, fiaré á su voluntad potente y pia que dirija lo débil de la mia.

Añadí ademas otro epigrafe sacado de Ciceron.

¡O filosofía, guía de la vida! ¡o tu manantial de las virtudes y azote de los vicios! un solo dia bien empleado y conforme á tus preceptos, es preferible á la inmortalidad en el vicio.

Tusc., lib. V, cap. II.

Y finalmente este otro, tomado del libro de los proverbios, donde Salomon habla de la sabiduría y de la virtud.

Tiene á su derecha la longitud de los dias, y á su izquierda las riquezas y la gloria. Sus caminos y sus sendas están llenas de paz.

Prov. cap. III, v. 16 y 17.

Considerando á Dios como el origen de la sabiduría, creí justo y necesario invocar su socorro para adquirirla y para ello compuse la oracion siguiente, que escribí en mis tablas de exámen, para repetirla diariamente.

"¡O bondad omnipotente! ¡padre indulgente, guia misericordioso! aumentad en mí aquella sabiduría que puede descubrir mis verdaderos intereses. Afirmanse en la resolucion de seguir tus consejos. Recibe los servicios que puede hacer á los demas hijos tuyos, como la única señal de reconocimiento que me es posible darte por los favores que incesantemente me concedes."

El precepto del orden exija que cada hora del dia tuviese su empleo determinado: una página del librito contenia la reparticion siguiente de las 24 horas del dia.

Horas.

Mañana. 5 } Levantarme, dirigirme á la bondad divina, arreglar los asuntos del dia, trazar el plan, ocuparme de los negocios presentes, desayunarme.

Mañana. 8 } Trabajo.
9 }
10 }
11 }

Medio dia. 12 } Leer, examinar sus cuentas, comer.
1 }

Tarde. 2 } Trabajo.
3 }
4 }
5 }

Noche. 6 } Poner todas las cosas en orden y cenar;
Pregunta. 7 } música, recreo, conversacion, exámen del
¿Qué bien he hecho du- 8 } dia.
rante el dia? 9 }

10 }
11 }
12 }
1 } Dormir.
2 }
3 }
4 }

Empecé á ejecutar este método de exámen diario, y le seguí, excepto algunas interrupciones, de tiempo en tiempo.

Me sorprendió el hallarme mucho mas lleno de defectos de lo que creia, pero tambien tuve la satisfaccion de verlos disminuir. Para evitar la molestia de empezar de nuevo mi librito, que á fuerza de rasparle para borrar las marcas de las faltas antiguas y dar lugar á las nuevas, estaba acribillado de agujeros, transcribí mis tablas y sus preceptos sobre las hojas de marfil de una cartera. Delineé las rayas encarnadas, de suerte que no se borrasen, y marcando las faltas con lapiz-plomo, me era fácil limpiarlas despues. Pasado algun tiempo ya no tenía necesidad de recorrerle mas de una vez al año, y mas adelante una sola al cabo de algunos años. Por último, hubo de renunciar enteramente, cuando mis viajes y negocios multiplicados me absorbían todo el tiempo, pero siempre llevaba conmigo mi librito.

(Se continuará.)



Cuentos y Fábulas Originales.

EL CURA Y EL SACRISTAN.

La moral es tan vieja como el mundo,
Aunque otros dicen que nació en Egipto
Muchos años después de Adán y Eva;
Yo tan grave disputa no decido;
Solo sé que es muy vieja, y que se pierden
Sin sacar fruto alguno sus avisos.
— ¡Un fabulista más! (dirá enfadado
Don Público.) — Paciencia, señor mío,
Si V. quiere que no le molestemos
Enmiende sus añejos defectillos. —

De igual modo pensaba cierto cura,
Hombre severo y docto, mas sencillo,
Que atacaba con pelos y señales
Al vicioso también, no solo al vicío.
— «Feligreses tenaces y rebeldes
(Así les predicaba los domingos)
¿Cuándo ha de haber enmienda en las costumbres?
Hace ya nuestros años que la pido.
Desde que me mandaron á la aldea
La misma corrupción siempre percibo.
El carnicero roba; en las tabernas
Sin temor ni conciencia se agita el vino;
Siempre está el escribano echo una cuña;
Siempre hay monte en la sala del cabildo;
Y hasta las hijas del señor alcalde
Van al anoecer por esos trigos.» —
El sacristán con rara petulancia
Lo interrumpió una vez diciendo á gritos.
— «Señor cura, la gente ya hosteiza,
Y se queda dormida de fastidio;
Ese sermón se sabe de memoria;
Diez años hace al menos que lo oímos.» —
— Y diez años también, hace, menguado
(El buen cura repuso algo sentido)
Que tú gastas en locas francachelas
La limosna que cae en los cepillos.
¿Te has enmendado acaso? Ni por esas;
De cada cual podré decir lo mismo;
Si persistís en culpas arraigadas,
En el mismo sermón también persisto.
Cuando os canséis de oír mis reprimendas
Fácil es el remedio que os indico;
Mudad todos de vida, y al instante
A mudar de sermón también me obligo.

LA CAMPANA Y LA CIGUEÑA.

Infernal pelotera
Y por demás ruidosa
Armaba la campana estrepitosa
Con la cigüeña, pájara altanera,
Que cerca de ella fabricó su nido.
— «Con tu fatal graznido
(Decía la campana)
¿Cómo es posible descansar un punto? —
— ¿Y tú no nos aturdes la mañana
Tocando ora á plegaria, ora á difunto,
A vísperas la tarde, y á mañanas,
Cuando todo mortal goza del sueño? —
Así gritaban con tenaz empeño.
Los estrechos confines
De la mísera aldea
Gemían á tan bárbara pelea,
Cual al sentir el hórrido estampido
Del combate reñido,
Retiembla el hondo imperio de Neptuno.
Un aldeano empero
Al campanario sube, y muy severo
Les arenga: — «Señoras, de consuno
Los vecinos al campo nos iremos

Por no oír vuestra lid impertinente.
¿Si no podeis sufriros mutuamente
¿Nosotros los de abajo, qué diremos?»

Lo mismo que decimos
De los monarcas en la atroz contienda;
Que mientras al furor dan larga rienda,
Nosotros los de abajo lo sufrimos.

EL ASNO Y EL JILGUERO.

Saltaban mil jilgueros
Burlándose á cual mas,
En torno de un pollino
Muy tieso y muy formal.
— ¡Qué talle! le decían,
¡Qué gracia en el andar!
¿Cuál sabe á la viveza
Unir la magestad!
Denos uslé un buen rato,
Cántenos por piedad
Bos ó tres cavatinas
De alguna ópera asnal. —
El burro sin turbarse
Se puso á rebuznar,
Y las ayes repiten
«Bravo, no cabe mas;
Esa sí que es garganta,
Eso sí es modular.»
A lo que el buen pollino,
— «Fuera un triste ejemplar
(Con cachaza les dijo)

«Que un ante boricall
«Quebrantase las leyes
«De nuestra gravedad.
«Esta vez sonora
«Que hace al mundo temblar
«Convenga á la nobleza
«De no finaje inmortal;
«Los pájaros poseen
«La ciencia musical;
«Mas propio es solamente
«Del burro rebuznar.»

De sus mismos defectos
Suele el hombre sacar
Privilegios risibles
Y absurda vanidad;
Y yo conozco á muchos
Que con ingenuidad,
Admiran lo que saben
Y saben... REBUZNAR.

EL PETIMETRE.

Entrando en la tertulia
Anoche un petimetre,
El ámbar y el almizcle
Llenaron el ambiente.
Diez pañuelos de Holanda
Fueron sin detenerse
A tapar diez narices,
Sensibles al píbete.
Corina, la nerviosa,
Dijo con voz doliente:
«El espasmo me ataca,

Que me traigan el éther.» —
A todos respondía
Riendo el petimetre:
«Pues yo, nada perrito
De lo que ustedes sienten.»

Lo mismo con las faltas
De los hombres sucede:
Que todos las conocen
Menos el que las tiene.

José Joaquín de Mora.

ADVERTENCIA.

El jueves 9 y el 16 se repartieron á los señores suscritores las entregas 14.^a y 15.^a de la obra titulada ESCENAS MADRILEÑAS, por el Curioso Parlante, con los artículos siguientes:

El recién-venido. — La exposición de pinturas. — Tengo lo que me basta. — El martes de carnaval y el entierro de la sardina. — La posada, ó España en Madrid. — El espíritu de asociación. Acompañan dos láminas á los artículos de El recién-venido, y El entierro de la sardina.

Habiendo de quedar terminada en fin del mes la edición de esta obra, solo se admitirá suscripción á ella hasta el día 29, á razon de 64 reales los cuatro tomos, pasado cuyo día, el precio en venta de dichos cuatro tomos encuadrados, será el de 70 reales en Madrid.

Los señores suscritores al Semanario, que lo son también á esta obra, recibirán gratis con arreglo á lo ofrecido las entregas posteriores después de la 15.^a
Librerías de Cuesta, calle Mayor; Ríos, calle de Carretas, y en las provincias en los puntos donde se suscribe al Semanario.